

RELIGIOSAS ABUSADAS

EL GRAN SILENCIO

CONSTANCE VILANOVA



RELIGIOSAS ABUSADAS

EL GRAN SILENCIO

*A Cécile, Claire, Marie,
Michèle-France, Valeria y las demás.*

«Sugerido por un amigo: si todas las mujeres que han sido acosadas o abusadas sexualmente escribieran “Yo también”, le mostraríamos al mundo la magnitud del problema. Si has sido acosada o abusada sexualmente, escribe “#MeToo” en respuesta a este tuit».

Alyssa Milano, actriz, tuit del 15 de octubre de 2017,
lanzamiento del movimiento #MeToo

«El dolor de estas víctimas es un gemido que clama al cielo, que llega al alma y que durante mucho tiempo fue ignorado, callado o silenciado. Pero su grito fue más fuerte que todas las medidas que lo intentaron silenciar o, incluso, que pretendieron resolverlo con decisiones que aumentaron la gravedad cayendo en la complicidad».

*Papa Francisco, Carta al pueblo de Dios,
20 de agosto de 2018*

PRÓLOGO

A escala mundial, la humanidad reflexiona sobre su existencia, su forma de estar en el mundo, su relación con la tierra, las relaciones interpersonales y las relaciones entre hombres y mujeres. Nos encontramos en un punto de inflexión de la civilización. Este cuestionamiento surge porque nos vemos ante la necesidad de evolucionar. Nos enfrentamos a nuevas amenazas epidémicas, a las consecuencias cada vez más visibles de una crisis climática, al odio racial, al odio hacia el otro, hacia lo diferente, a la violencia física y psicológica y a las agresiones sexuales. En el seno de nuestras sociedades humanas, las relaciones entre hombres y mujeres están a punto de cambiar profundamente; para mejor, esperemos: con más justicia, igualdad y respeto.

Esta reflexión también atraviesa a la Iglesia, desde hace ya varias décadas; sin embargo, el lugar que las mujeres ocupan en ella sigue siendo un reto importante para una institución ampliamente controlada por los hombres. Entre las mujeres, que constituyen la mayor parte de la población católica en todo el mundo, existe una categoría que, durante demasiado tiempo, ha soportado muchos sufrimientos en silencio: las religiosas.

Hay alrededor de 660 mil religiosas en el mundo, encargadas de numerosas obras de primera necesidad para las poblaciones a menudo más vulnerables: hospitales, dispensarios, leprosarios, escuelas, centros de acogida para mujeres y niñas, centros de formación, etc. También hay muchas religiosas activas en las parroquias y en los servicios de la misión evangelizadora de la Iglesia. Ellas aseguran una presencia de oración y contemplación en numerosos lugares. Estas religiosas se encuentran, por tanto, en el corazón de la misión de la Iglesia, a través

del anuncio, la misericordia y la oración. Ejercen esta misión con humildad, pero no hay que confundir humildad con sumisión ingenua.

Desde hace algunos años, empiezan a alzarse voces que denuncian el sufrimiento que han padecido algunas de estas mujeres, al quedar a merced de los apetitos perversos de ciertos clérigos y obispos. En el caso de estas religiosas, su vocación se ha convertido en un auténtico vía crucis ante las agresiones de sacerdotes u obispos que las han considerado objetos sexuales para satisfacer sus impulsos.

En muchos países, el mero hecho de ser mujer implica ya una sumisión a los hombres, por lo que ser religiosa puede suponer un doble sometimiento. La obediencia es el núcleo de la vocación religiosa, y algunos no han dudado en aprovecharse de ello para obtener lo que desean. ¿Cómo resistirse a un sacerdote o a un obispo que representa la autoridad en la Iglesia? Además, en no pocas naciones existe también una disparidad de medios económicos entre las religiosas, más pobres, y los sacerdotes u obispos, que tienen un acceso más fácil a los recursos económicos. Esta pobreza de algunas religiosas ha podido llevarlas a ejercer una especie de prostitución. Esto es especialmente cierto en las congregaciones diocesanas, aún más dependientes de la buena voluntad del obispo.

Hace ya varios años, dos religiosas denunciaron este tipo de comportamientos. Estas religiosas, que vivían y trabajaban en África, se atrevieron a hablar del horror que habían descubierto. Fueron duramente criticadas por obispos y sacerdotes, que las acusaron de racismo y estigmatización. Ellas hablaron de lo que sabían, aunque, en aquel momento, muy pocas voces se atrevían a hacerlo. Desde la aparición del movimiento #MeToo, las cosas han cambiado y las religiosas de todo el mundo están empezando a hablar. Ya no se trata solo de África, sino también de Europa, Asia, América y Oceanía. Hoy en día, las religiosas se atreven a expresar su sufrimiento y, en ocasiones, a presentar denuncias. Pero esto sigue representando un verdadero desafío para estas mujeres, educadas en la obediencia y la sumisión dócil a la autoridad.

CAPÍTULO I

Verano de 2018. El movimiento #MeToo llega a la Iglesia

Correo electrónico de la hermana S.¹, recibido el 10 de agosto de 2018 a las 13:06:

Señora, aquí tiene mi aportación, fruto de doce años de escucha. Es un texto extenso, para que se pueda comprender mejor. De él podrá extraer lo que le parezca útil.

En 2004, visité a la superiora general de una congregación religiosa en una ciudad pequeña. Me pidió que la disculpara por no poder recibirme, ya que debía reunir urgentemente a su Consejo para firmar el decreto de expulsión de una joven hermana. Le pregunté qué podía ser tan grave como para reunirse un domingo por la tarde. «La hermana ha sido violada y tenemos que expulsarla. Ha mancillado la reputación de nuestra congregación: en una ciudad pequeña como la nuestra, todo el mundo lo sabe y se habla de nosotras», me espetó. Cuando le pregunto el nombre del violador me confiesa que es un diácono y añade: «Y ha sido él mismo quien ha difundido el rumor. Todo el mundo habla de ello. ¡Qué vergüenza para nuestra congregación! Vino de visita a la comunidad de la joven hermana y pidió de beber. Ella fue a la cocina y, mientras abría la nevera para tomar el agua y dársela, él le dio un golpe

1 Se ha cambiado el nombre.

en la nuca, ella cayó al suelo, él la inmovilizó y la violó allí, en el suelo de nuestra cocina. ¡Qué vergüenza para la congregación!». Le pregunto si ha acudido al obispo y ella responde: «Es un diácono: el obispo no hará nada. Como castigo, hemos trasladado a la joven hermana a una de nuestras comunidades más alejadas, a la espera del decreto de expulsión. Tiene que marcharse rápidamente de la comunidad: ha mancillado nuestra congregación».

Verano de 2018. Trabajando como periodista durante dos meses para la sección de «Religión» del diario *La Croix*, en Montrouge (departamento de los Altos del Sena), llevo unas dos semanas intentando recabar testimonios de religiosas africanas víctimas de abusos sexuales. En este silencioso mes de agosto, las oficinas de Bayard han quedado desiertas de periodistas titulares, que han sido sustituidos por un ejército de estudiantes recién graduados de las escuelas de periodismo, entre los que me incluyo: las vacaciones de verano obligan. Se trata de un ambiente acogedor, a medio camino entre patio del recreo junto a la máquina de café —donde la alfombra gris amortigua las carcajadas— y centro de estudio, propio de este primer puesto en la redacción, con las entrevistas telefónicas sucediéndose en los «cubos», que es como llamamos a las cabinas de cristal oscuro equipadas con un teléfono fijo.

Dos semanas antes, mientras investigaba el movimiento #MeToo —que surgió a finales de 2017 a raíz del caso del productor de cine estadounidense Harvey Weinstein— y su influencia en la liberación de las voces de las religiosas católicas, un sacerdote me aconsejó que centrara mi investigación en África. «Todo el mundo sabe, nadie habla», me había insistido aquel clérigo misionero vía telefónica, desde el país africano donde reside. «Una total conspiración de silencio».

Después de Asia, el continente africano sigue siendo el que registra el mayor aumento en el número de hermanas católicas, pasando de 66,375 en 2010 a 71,567 mujeres consagradas en 2015. Esto implica un incremento de 7.8 % frente a una disminución de 7.1 % en la

cantidad de religiosas que hay en el mundo. En 2015, representaban 11 % de las religiosas a escala mundial². Todo ello en un continente donde la presencia católica no deja de crecer, con 228 millones de fieles católicos³ en 2016.

Solo algunos Padres Blancos⁴, misioneros en África, aceptan hablar conmigo por teléfono, aunque, por supuesto, insisten en mantener el anonimato. Sus nombres no deben aparecer bajo ningún concepto en el artículo que estoy redactando. Dar testimonio abiertamente puede «acarrearles problemas», es decir, «ponerlos en una situación difícil con su jerarquía local», o minar la confianza de las víctimas de violaciones que, con gran dificultad, se han confiado a ellos. Las respuestas negativas de las superiores generales de las congregaciones africanas se suceden. Dos semanas de silencio me hacen comprender que la investigación no llegará a buen puerto y que, sin duda, me he inventado un tema que en realidad no existe. «Pasa. Es normal», repiten los veteranos, y yo tengo que soportar la frustración.

Sin embargo, el 10 de agosto de 2018, a primera hora de la tarde, una religiosa de un país de África Central⁵, a quien contacté la noche anterior a través de un colega, me responde por correo electrónico. La hermana S., feminista que lucha contra el clericalismo y aboga por la participación de las mujeres en la Iglesia, suele recorrer las congregaciones para documentar sus investigaciones teológicas. Me envía un documento como archivo adjunto. Siete páginas de análisis y testimonios escalofriantes confirman que los Padres Blancos tenían razón: reina la ley del silencio. Una bomba.

2 «Women religious in Africa», verano de 2017, Center for Applied Research in the Apostolate, Georgetown University, Washington, D.C. cara.georgetown.edu/AfricanSisters2017.pdf.

3 Anuario Pontificio 2018 y Anuario Estadístico de la Iglesia.

4 Los Padres Blancos pertenecen a la Sociedad de los Misioneros de África, una asociación de vida apostólica de derecho pontificio.

5 Por motivos de seguridad y porque la hermana S. desea seguir ayudando a las víctimas, no se mencionará el país en el que ejerce su ministerio.

CAPÍTULO II

En el Vaticano lo sabían

Si algún día se revelara lo que ocurre aquí en África, sería una bomba mucho más grande que el escándalo de los delitos contra menores». A finales de agosto de 2018, vía telefónica, un sacerdote blanco, en misión en África, marca la pauta. Aunque lo contacto para conocer su análisis sobre la influencia del movimiento #MeToo y la repentina libertad de expresión de las religiosas católicas en todo el mundo, este francófono me aconseja que profundice en la cuestión africana. El sacerdote misionero refuta contundentemente una posible libertad de expresión de las víctimas en ese continente. El religioso, capacitado para acompañar a mujeres víctimas de agresiones o violaciones, desea permanecer en el anonimato: hablar de este tema puede acarrearle la ira de su comunidad y, sobre todo, ponerlo en peligro. «En África, los sacerdotes tienen un estatus especial. Las religiosas son más vulnerables allí. Llevar a cabo una investigación sobre el terreno al respecto, provocaría una auténtica catástrofe», prosigue el entrevistado, quien también está a cargo de un centro de acogida para mujeres víctimas de agresiones sexuales. «No hay que negar que, en algunos casos, la relación entre el sacerdote y la mujer consagrada es consentida. En una situación de extrema pobreza, estas hermanas a veces necesitan apoyo económico, y el sacerdote acepta ayudarlas a cambio de relaciones sexuales. Se puede decir que es una especie de prostitución encubierta». Pero, como atestigua mi interlocutor: muchas hermanas siguen siendo víctimas de depredadores. «En algunas congregaciones se practican interrupciones voluntarias del embarazo (IVE), contrarias a la doctrina de la Iglesia católica», precisa el sacerdote, denunciando en varias ocasiones una «enorme omisión por parte de la institución» y una «banalización de la violación». «En ciertas comunida-

des, las religiosas ya no acuden al sacerdote diocesano para recibir el sacramento de la confesión, por pura precaución. Su superiora se lo desaconseja», concluye.

Los abusos y la servidumbre sexual no se limitan al continente africano; llegan hasta el centro neurálgico de la institución. «Cuando llegan a Roma para completar sus estudios, algunas religiosas de diversas nacionalidades no dominan el italiano lo suficiente como para escribir sus tesis», me cuenta una fuente anónima del Vaticano con la que me encuentro en la capital italiana en mayo de 2019, y añade: «La estancia aquí es cara, y con solo dos años no tienen tiempo para aprender el idioma adecuadamente. Algunos sacerdotes les proponen redactar sus tesis a cambio de favores sexuales... Volver a casa sin su título sería una vergüenza enorme, sobre todo porque su viaje ha supuesto un gran gasto para su familia o su comunidad. Una de mis fuentes, que trabaja en una clínica de planificación familiar en Roma, vio a dos religiosas extranjeras que pretendían someterse a una interrupción voluntaria del embarazo».

Según varios sacerdotes misioneros entrevistados, la ley del silencio se ha convertido en una auténtica bomba de tiempo, sobre todo, porque impide cuantificar el fenómeno. De su testimonio se desprenden dos denominadores comunes de estos abusos sexuales. El contexto en el que se producen las violaciones y, sobre todo, su tratamiento por parte de las congregaciones: la exclusión de la víctima.

La mayoría de los abusos se producen en las congregaciones diocesanas, comunidades autóctonas que dependen directa y financieramente de un solo obispo. Al ser más pobres, estos institutos religiosos africanos no están supervisados por ramificaciones internacionales, a diferencia de las congregaciones misioneras o históricas, como las dominicas o las franciscanas, por ejemplo. Como surgen *ex nihilo* (de la nada), las mujeres consagradas son más vulnerables en ellas, al verse privadas de toda posibilidad de presentar una denuncia.

«África se caracteriza por un poder episcopal muy fuerte. Los obispos son jefes de la comunidad», explica el sacerdote Stéphane Joulain, padre blanco y psicoterapeuta especializado en el tratamiento de menores que padecieron abusos sexuales¹¹.

Me reúno con él en junio de 2019, en la vía Aurélia, en Roma, no lejos del Vaticano, entre dos viajes de misión. En una de las salas de visitas del imponente edificio de su congregación, este especialista, formado en victimología sistémica, terapeuta de víctimas y autores de abusos sexuales en Canadá, me habla sobre el pacto de silencio al que suele enfrentarse cuando realiza viajes misioneros a África. Si una hermana habla, la superiora la expulsa inmediatamente de la congregación. El sacerdote depredador, por su parte, es trasladado a otra comunidad, se queda donde está, o incluso «se va a estudiar a Roma». «Añadamos a esto que la relación entre hombres y mujeres es diferente en África. El hombre domina; en un contexto en el que el clericalismo se ve exacerbado, el sacerdote resulta aún más idealizado. Se tiende a pensar que el sacerdocio de un clérigo vale más que la virginidad de una hermana», precisa. Esto implica una doble sumisión: al hombre y al clérigo. En Kenia, por ejemplo, el padre Joulain participó en una reunión en la que la mayoría de las religiosas presentes habían sufrido una agresión sexual.

En algunos institutos religiosos, las superiores han decidido tomar la iniciativa para garantizar la seguridad de sus monjas. El ejemplo de Kenia lo ilustra bien. Para que las postulantes puedan ingresar en una congregación, necesitan una carta de recomendación del responsable de su parroquia, quien a veces aprovecha la ocasión para pedir a cambio un favor sexual. El padre Joulain lo confirma: «En varias congregaciones kenianas, ahora se pide que sea la animadora vocacional quien obtenga esa carta de los párrocos, con el fin de proteger a las postulantes». Con amplia experiencia de campo, Joulain señala: «Los abusos

11 Stéphane JOULAIN, *Combattre l'abus sexuel des enfants. Qui abuse? Pourquoi? Comment soigner?* (Combatir el abuso sexual infantil. ¿Quién abusa? ¿Por qué? ¿Cómo tratarlo?), Desclée de Brouwer, 2018.

CAPÍTULO III

Las denunciantes llegan a Roma

En Roma, las mujeres han abordado los abusos cometidos contra las religiosas como tema de investigación y activismo. Todas ellas luchan contra el pacto de silencio que paraliza a las mujeres consagradas. Demos un vistazo a lo que ocurre en la capital italiana, desde la Pontificia Universidad Gregoriana hasta el sector sin ánimo de lucro, pasando por la prensa.

Hermana Mary Lembo

A tres minutos a pie desde la Fuente de Trevi y su incesante flujo de turistas que rinden un homenaje muy especial a Fellini mientras se pelean a golpes con sus bastones para *selfies*, se alza la Pontificia Universidad Gregoriana.

En esta institución de paredes rosadas, fundada en 1551 por los jesuitas, 2 700 laicos, religiosas, religiosos, sacerdotes y seminaristas acuden cada año para estudiar ciencias sociales, derecho canónico o teología. En su grandioso vestíbulo, adornado con columnas de mármol, resuenan y se entremezclan las lenguas y dialectos de más de 130 países. Dependiente directamente de la Santa Sede, este centro neurálgico del pensamiento católico se ha ocupado rápidamente de la cuestión de los abusos sexuales ocurridos en la Iglesia. En 2012, el instituto de psicología de la Gregoriana, en colaboración con la arquidiócesis de Múnich y Freising y el departamento de psiquiatría y psicoterapia infantil de la Universidad de Ulm, puso en marcha en Alemania el Centro para la Protección de los Menores (CCP, por las siglas en inglés

de *Centre for Child Protection*), un programa intensivo con duración de un semestre sobre la protección de menores y la prevención de los abusos sexuales por parte del clero.

Aunque la Gregoriana cuenta con una proporción mucho mayor de estudiantes varones (las religiosas representan solo 7.8 % de los alumnos¹⁸ frente a 24 % de seminaristas, 17.5 % de sacerdotes religiosos y 29 % de sacerdotes diocesanos), algunas de sus alumnas y profesoras cuestionan con valentía el lugar de las mujeres en la Iglesia. Entre ellas se encuentra la hermana Mary Lembo. Me encuentro con esta religiosa togolesa de 49 años la tarde del 28 de mayo de 2019, cuando acaba de terminar la redacción de su tesis doctoral, fruto de cinco años de trabajo.

Su investigación comenzó mucho antes del caso Harvey Weinstein, pero su tema resuena con fuerza en medio de la ola del movimiento #MeToo. Se interesa por los vínculos entre sacerdotes y monjas en el marco de la relación pastoral (propia de los sacerdotes), y por los abusos de los que estás últimas son víctimas. Su objetivo: detectar mejor los mecanismos psíquicos que entran en juego y deducir los cambios que deben introducirse en la formación de las hermanas y los hermanos. Un análisis cualitativo, no cuantitativo. No hay cifras, sino claves.

Mary Lembo es psicóloga clínica y colabora con el CCP, de manera que nos recibe en una de las oficinas de la planta baja de la Gregoriana. Para proteger a las mujeres que han aceptado confiar en ella, durante nuestras dos entrevistas la hermana Lembo nunca mencionará los países del África subsahariana donde tuvieron lugar las violaciones y agresiones sexuales de las que ha tenido conocimiento. El único indicio que menciona, muy general, es que esos Estados se encuentran al este del continente.

18 La Gregoriana, *Virtus and Scientia*, abril de 2019, núm. 54.

CAPÍTULO V

La solidaridad de las religiosas indias

El pequeño taxi de Tata Motors se abre paso con dificultad entre la vegetación tropical del camino de tierra. Cuando se detiene, detrás de una verja veo que se alza un convento de arquitectura colonial, enclavado en un entorno verde poblado de aves exóticas: la casa de la Misión de San Francisco. Bajo el calor sofocante del invierno en el sur de la India, dos policías con uniforme beige se encargan de la recepción y marcan la pauta. Para conocer a quienes la prensa india ha apodado «Las Cinco», hay que acreditarse, identificarse y firmar un registro fechado. A pocos kilómetros de la ciudad de Kuravilangad, en el corazón de este estado del suroeste de la península, donde 18 % de la población es católica, cinco hermanas de la congregación de las Misioneras de Jesús llevan desde septiembre de 2018 plantando cara a la inercia de la Iglesia india. Indivisibles.

Logré ponerme en contacto con ellas gracias a la inestimable ayuda de un periodista de Nueva Delhi, que me brindó tanto su conocimiento del terreno indio como sus dotes de intérprete.

Es el 9 de enero de 2020. Alguien se encarga de cerrar las contraventanas de la sala común del convento, para conservar la efímera apariencia de frescor matutino. El lugar está amueblado con tres sillones de cuero negro, una amplia mesa baja de madera e imágenes piadosas colgadas de las paredes pintadas de azul claro; la sala colinda con la cocina de la comunidad. Mientras una franciscana atraviesa el lugar sin mirar, la hermana Anupama, convertida en portavoz de las cinco

CAPÍTULO X

Las respuestas de la Iglesia

Tras haber llevado a cabo una primera investigación en Roma, en mayo de 2019, regresé a la capital italiana en septiembre del mismo año. Después de consultar a teólogos y expertos, mi siguiente paso era contactar con representantes de la institución.

Unos meses antes de aquel viaje, intenté hablar con monseñor Charles Scicluna para solicitarle una reunión en la Congregación para la Doctrina de la Fe en el Vaticano, de la que ha sido secretario adjunto desde noviembre de 2018. Bajo el pontificado de Benedicto XVI, el prelado fue emisario de la política de tolerancia cero del Vaticano; formidable investigador, mediante numerosas entrevistas con víctimas logró sacar a la luz, entre otros, los delitos de Marcial Maciel⁶⁴, fundador de los Legionarios de Cristo, depredador sexual y pederasta. En enero de 2018, monseñor Charles Scicluna, arzobispo de Malta desde 2015, recibió el encargo de la Santa Sede, junto con el sacerdote español Jordi Bertomeu, de investigar los casos de abuso sexual infantil y otras conductas inapropiadas en el seno de la Iglesia chilena. Pocos días después de que presentaran su informe de 2 300 páginas al Sumo Pontífice, los 34 obispos del país sudamericano presentaron su dimisión, lo cual constituye una decisión histórica⁶⁵. Conclusión: cuando se trata de romper el pacto de silencio, Charles Scicluna no escatima esfuerzos.

64 Franca GIAN SOLDATI, *L’Affaire Maciel. Le Diable au Vatican* (El caso Maciel. El diablo en el Vaticano), Albin Michel, 2015.

65 Marie-Lucile KUBACKI, «*Pourquoi la démission des évêques chiliens est-elle un double tournant, pour le pape et pour l’Église*» (¿Por qué la dimisión de los obispos chilenos supone un doble punto de inflexión, tanto para el Papa como para la Iglesia?), *La Vie*, 19 de mayo de 2018.

CAPÍTULO XIII

Cuando un obispo escucha

Conocí a Cécile Lemaire, de 40 años, en junio de 2019, en un parque cerca de la estación de tren de Rouen. La exreligiosa me esperaba sentada en una banca, rodeada de niños recién salidos de la escuela. Hoy en día con una incapacidad permanente, no puede trabajar. El 17 de abril del mismo año había respondido en estos términos a mi mensaje: «Sí, estoy totalmente dispuesta a reunirme con usted. Si puedo aportar mi granito de arena para que otros comprendan nuestra tragedia, lo haré con mucho gusto».

En 2002, cuando tenía 22 años, Cécile ingresó en una comunidad religiosa de la región, tras haber trabajado cinco años como directora de orquesta. Abandonó la institución cuatro años más tarde, con el corazón roto y sin haber pronunciado sus votos definitivos. La joven, originaria de Rouen, había pasado de una vida nocturna llena de conciertos y fiestas, al convento. «Llegó un momento en el que ya no pude ignorar el llamado», me explica. Como se sentía atraída por el carisma de las Hermanas del Niño Jesús - Providencia de Rouen⁷⁰ —y, además, no tenía otras referencias—, se dirigió a ese pequeño instituto de vida consagrada. Fundada en el siglo XVII, la comunidad se estableció también en Madagascar y en la República Centroafricana. Cécile pasó en ella su periodo de formación, en el que las jóvenes que desean comprometerse ponen a prueba su vocación. Fue su guía espiritual, veinte años mayor que ella, la hermana P.⁷¹, quien la agredió sexualmente durante esa etapa de preparación, incluso antes de que ingresara al

70 A pesar de que se le invitó a ofrecer su punto de vista, la congregación no respondió.

71 Se ha cambiado el nombre.

CONCLUSIÓN

Cécile, Claire, Marie, Michèle-France, Valeria y las demás, las silenciosas, las que no pueden más, las que siguen viviendo entre los muros de sus comunidades, bajo el control de sus superiores. Tras un año y medio de investigación, ya no me cabe duda alguna: un clamor escapa de los conventos, un grito vital, reprimido durante demasiado tiempo. Largamente ahogado, se hizo más estridente en el verano de 2018. Con el paso de las semanas, con cada artículo publicado en la prensa, la oleada de testimonios inundó el Vaticano, resonó entre los fieles y conmovió el corazón del mundo entero. La frontera entre el mundo laico y la vida consagrada ya no es hermética; el viento de liberación que trajo el movimiento #MeToo inspira a las religiosas. Estas heroínas han tomado los espacios públicos, las calles en la India, los medios de comunicación, la televisión y las redes sociales en Francia y Chile, para que la vergüenza recaiga sobre los abusadores. Las víctimas se niegan a permanecer en silencio por más tiempo. El pacto de silencio impuesto por la Iglesia desde épocas remotas, está resquebrajándose.

Pero hablar es inútil si nadie está dispuesto a escuchar, o simplemente a oír. Isabelle Chartier-Siben, Karlijn Demasure, Stéphane Joulain, Mary Lembo, Véronique Margron, Lucetta Scaraffia, Pierre Vignon: todos ellos —y muchos más— están creando una red de apoyo. Por su parte, animada sobre todo por el papa Francisco, la institución está escuchando y, con ella, los fieles. «Es como si el descubrimiento de que las religiosas pueden ser víctimas de abuso sexual hubiera sido la gota que colmó el vaso para los católicos, que ahora se plantean aún más preguntas y quieren reaccionar, cambiar las cosas», me dijo Véronique Margron durante nuestro último encuentro, en el otoño de 2019, en las instalaciones de su congregación, en la calle Vaugirard de París. Tras

ÍNDICE

PRÓLOGO	07
CAPÍTULO I	
Verano de 2018. El movimiento #MeToo llega a la Iglesia	11
CAPÍTULO II	
En el Vaticano lo sabían	25
• Las dos primeras denunciante	28
• Filtración a la prensa	33
CAPÍTULO III	
Las denunciante llegan a Roma	39
• Hermana Mary Lembo	39
• Karjlin Demasure	48
• Voices of Faith	51
• Lucetta Scaraffia	52
CAPÍTULO IV	
Desde Argentina, Valeria Zarza	55
CAPÍTULO V	
La solidaridad de las religiosas indias	63
• Un obispo en el banquillo de los acusados	79
CAPÍTULO VI	
Michèle-France Pesneau	85
• La vocación	86
• La huida	89
• El «sistema Philippe»	91

De la India al Vaticano, pasando por América Latina y Europa, *Religiosas abusadas. El gran silencio* recoge la voz de mujeres consagradas que durante años aprendieron a sobrevivir entre el miedo, la obediencia y el silencio. Historias que rara vez llegaron al espacio público y que revelan una de las heridas menos visibles dentro de la Iglesia.

Pero la obra va más allá de la denuncia. A través de la reflexión de especialistas, teólogas, religiosas y agentes comprometidos con la prevención y la justicia, el libro explora los procesos de conciencia y transformación que comienzan a abrirse paso dentro de la Iglesia, así como los desafíos pendientes para construir comunidades más humanas, transparentes y seguras.

Una investigación necesaria para comprender, dialogar y avanzar.



9 786076 123164

DABAR
dabar.com.mx